



## NUEVA Y CURIOSA REL

DE LA

# PEREGRIN

Soberana luz brilla  
 Madre del divino Verbo  
 amparo de pecadores  
 palma, luz, libano y hu  
 dad á mi pluma la gra  
 que si la logro, preten  
 contar un caso admir  
 de los muchos que l  
 En la ciudad de Li  
 y en su lusitano pue  
 vivia un gran potent  
 tan noble y tan caba  
 que general de las tr

por diosa de la hermosura  
 dando la manzana en premio,  
 en doña Inés con mas gracia  
 se hallan Palas, Juno y Venus.  
 Se llama aquesta señora  
 doña Inés Pertocarrero,  
 su esposo don Alejandro  
 que adora sus pensamientos,  
 la tierra que pisa besa,  
 y de continuo en su pecho  
 la idolatra retratada,  
 que es su mayor consuelo.  
 Este tal tiene un hermano  
 dentro en su palacio mismo

se llama Federico,  
 orgulloso y soberbio;  
 vive en casa  
 de sus pliegos  
 salia  
 de pleos;

con alegría y contento  
 por ser de don Alejandro,  
 su consorte y compañero.  
 Estándola repasando  
 reparando en aquel pliego  
 que estaba muy poco hollado  
 escrito de poco tiempo,  
 rompió la neta, y al punto  
 que ha empezado á leerlo,  
 en su presencia lo arroja  
 hecho pedazos al viento,  
 Detente mujer heroica,  
 guarda el papel en tu pecho,  
 que podrá ser que te sirva  
 algun dia de provecho:  
 mas en fin, ya lo rompió,  
 ¡qué lástima! no hay remedio.  
 Mas viendo don Federico  
 el desaire que le ha hecho,  
 colérico y enojado  
 brota por los ojos fuego.  
 Mas ella disimulaba,  
 y á selas está diciendo:  
 ¡quien ha de guardar mi honor  
 quiere ofender mi respeto!  
 por sí, Federico,  
 se á sí mismo,

dos hermanos  
 en un cuerpo.  
 decir mas;

su aposento  
 fortuna,  
 dos cielos,  
 le todo el mundo  
 sus intentos.  
 un dia  
 atento,  
 ia  
 compuesto,  
 estando  
 eneno;  
 secreta,  
 creando;

a queste quiere intentar  
 un villano atrevimiento,  
 mas antes que lo ejecute  
 yo quiero poner remedio.  
 Mandó al punto que viniesen  
 un albañiles y arquitectos,  
 y que en medio del jardin  
 hiciesen de jaspe negro  
 unas bóvedas curiosas  
 pintadas con azulejos,  
 cuanto cupiese una cama,  
 mesa, silla é instrumentos;  
 y que á la puerta le pongan  
 unas barretas de de hierro,  
 que el quanto se pueda por ellas  
 meter el mantenimiento,  
 con su golpe como cárcel,  
 el pestillo fuerte y recio.  
 En breve tiempo se hizo,  
 que en donde sobra el dinero,  
 muy presto se facilita  
 por largo pue sea el tiempo.  
 De que estuvo aderezada  
 con su cama y lucimiento,  
 llamando á don Federico  
 doña Inés Portocarrero,  
 le dice: hermane mio,  
 porque muy triste te veo,  
 quiero llevarte al jardin  
 á ver los árboles bellos,  
 verás una arquitectura  
 hecha por un buen maestro,  
 para en viniendo mi esposo  
 que salga á tomar el fresco.  
 De que oyó estas razones,  
 se alegró en grande extremo,  
 que entendió ya que la rosa  
 se iba convirtiendo en celos.  
 Se fueron hácia el jardin,  
 viendo aquel casito ameno,  
 con la cama tan curiosa,  
 le dió el corazen un vuelco,  
 diciéndolo: aquesta es mi suerte;

hoy se logran mis deseos;  
 mas dijole doña Inés  
 con engañosos intentos:  
 entre usted, don Federico;  
 toque usted ese instrumento  
 mientras yo cojo unas flores  
 de las mejores del huerto.  
 Hizo lo que le mandó,  
 y apenas le vió adentro,  
 cuando tirando la puerta  
 con tan varonil esfuerzo,  
 que quedando el golpe echado  
 quedó Federico preso;  
 diciéndole: aquí se pagan  
 malicias y atrevimientos.  
 De que oyó aquestas razones,  
 tiró al suelo el instrumento;  
 escarba, bufa y patea  
 parece un leon sangriento;  
 jura que se ha de vengar  
 á pesar del mundo entero.  
 (Si el papel no hubiera roto  
 no se viera en este espejo.)  
 Ella se fue á su retrete,  
 dejándole en cautiverio.  
 Cuando vienen á palacio  
 visitas de caballeros,  
 de señeras principales,  
 de sus parientes y deudos,  
 quando preguntan por él,  
 dice doña Inés á tiempo,  
 que le ha dado un accidente  
 y un frenesí descompuesto,  
 que allí lo tiene metido  
 para tenerle sujeto,  
 que los regalos del mundo  
 de sobra los tiene dentro.  
 Desde entonces doña Inés,  
 despachó todos los pliegos,  
 diciendo que está su hermano  
 melancólico y enfermo.  
 De allí á seis meses se supo  
 en la corte por muy cierto,

que el campo se levantaba,  
 conviniéndose los reyes  
 en dar treguas á la guerra,  
 y que próspero y contento  
 viene ya don Alejandro  
 echando plumas al viento.  
 Doña Inés á Federico  
 le llevó un vestido nuevo  
 un caballo enjaezado  
 la peluca y el sombrero,  
 un maestro que lo afeite  
 y que montase ligero,  
 y le salga á recibir  
 con ambos brazos abiertos,  
 sin darse por entendido  
 del indicado suceso  
 que lo que ha hecho con él  
 él debia agradecerlo.  
 Con esto abrióle la puerta  
 aunque con algun recelo;  
 y él no se quiso vestir,  
 que con el ropaje mismo  
 y sin afeitarse monta  
 en el alazán soberbio.  
 El hermano que lo vió  
 tan abominable y feo,  
 le pregunta: hermano mio,  
 ¿cómo vienes tan horrendo?  
 ¿qué pesares te molestan?  
 ¿qué disfraces son aquestos?  
 Entonces le respondió  
 de esta manera diciendo:  
 tu esposa tiene la culpa  
 de verme como me veo;  
 porque no hice su gusto;  
 que descansando en mi lecho,  
 una noche me invitó  
 echándome mil requiebros,  
 pero yo le respondí  
 dándole buenos consejos,  
 y por aquesta razon  
 me ha estado dando tormentos,  
 y me ha tenido hasta ahora

en triste recinto preso.  
 Don Alejandro que escucha  
 tan terrible atrevimiento,  
 como un mármol se quedó  
 un largo rato suspenso,  
 que quisiera que el abismo  
 le sepultara en su centro,  
 y entrando por el palacio  
 le salió al recibimiento  
 aquella blanca azucena,  
 aquella joya sin precio,  
 á recibirlo en sus brazos  
 del alma; y él con despego  
 la pegó tal bofetada  
 con injuria de los cielos;  
 y por no ver su hermosura  
 mandó que cuatro monteros  
 que son hombres de mal alma,  
 la llevasen á un desierto,  
 y que la saquen los ojos  
 y el corazon de su centro,  
 que en un paño se le traigan  
 para quedar satisfecho.  
 ¡Qué lástima! qué dolor!  
 ¡qué pena! qué sentimiento!  
 ¡qué injusticia! qué agravio!  
 ¡qué castigo sin deberlo!  
 Salen una noche triste  
 amparados del silencio,  
 aquellos facinerosos,  
 y antes que rompiera Febo  
 en un monte se hallaron  
 tan encumbrado y espeso  
 que aquel dorado planeta  
 que vive en el cuarto cielo  
 no ha podido con sus rayos  
 descubrirle sus cimientos.  
 Estando en aqueste sitio  
 arrimados á un grau fresno,  
 antes de darla la muerte  
 se disputaron primero  
 aquella prenda del orbe,  
 aquella joya sin precio.

Arman tan cruel batalla  
sobre quién será el dueño,  
que los cuatro parecían  
unos lobos carniceros;  
pero la Virgen María  
los avisa bajando  
con su Hijo de la mano  
sacro Niño y rey inmenso,  
la dice: «evota mia,  
libre estás, no tengas miedo,  
que ya vendré á visitarte;  
aunque yo nunca te dejo;  
un leon te ha de traer

## SEGUNDA PARTE.

Vamos ahora á los cuatro  
que se quedaron riñendo,  
que entre los tres dieron muerte  
al que era mayoral de ellos,  
y los otros que se hallaron  
lá jaula sin el jilguero,  
la buscaron por el monte  
como caballos sin freno;  
mas viendo que no la hallan  
hicieron este concepto:  
muy bien habemos quedado!  
¿que buena cuenta daremos  
allá de nuestras personas  
del encargo que traemos?  
Lo que podemos hacer  
con este difunto cuerpo  
será sacarle los ojos,  
el corazon, y en un lienzo  
nos lo podemos llevar,  
y cumpliremos con esto:  
en breve lo ejecutaron,  
que fue diciendo y haciendo  
Dan la vuelta á palacio,  
y entregan en el pañuelo  
el corazon y los ojos,  
y don Alejandro atento,  
con cuidado preguntó,

proporcionado alimento,  
y aqueste te ha de guardar,  
que estés velando ó durmiendo.  
La Virgen y el bello Niño  
luego desaparecieron,  
quedándose doña Inés  
confusa en su pensamiento,  
por saber de que un leon  
la ha de dar el alimento.  
Pero en la segunda parte  
dará Juan Miguel del Fuego  
á todo oyente el relato  
del suceso verdadero.

por el otro compañero;  
todos juntos á una voz  
estas palabras dijeron:  
tambien se quedó en el monte,  
porque quiso muy soberbio  
profanar á doña Inés  
y lo matamos por eso,  
y en el monte se quedó  
por andar tan descompuesto.  
Volvamos á doña Inés,  
que estando tomando el fresco  
sentada junto á una fuente,  
volviendo el rostro sereno,  
vió que venia un leon  
tan galan, tan halagueño,  
tan hermoso, tan lizarro,  
que daba contento el verlo,  
y que en la boca traia  
un canastillo pequeño  
hecho con dos mil primores,  
todo de viandas lleno.  
Hizola una cortesía,  
y lamiéndola los dedos,  
le entregó el canastillo  
á su señora y su dueño;  
y á la puerta de la cueva  
paseándose y rugiendo

anda haciendo centinela guardándola muy atento. Al otro dia siguiente volvía á hacer lo mismo: pasaban todos los dias las cosas que aqui refiero. Vamos á don Federico, que preguntó á los monteros si es verdad que la mataron, que les guardará el secreto, y que tambien les dará gran cantidad de dinero. Todos dijeron que no y contaron el suceso, como se quedó en el monte sin agraviarla en un pelo. Don Federico responde: en el alma lo agradezco; todos juntos hemos de ir á buscarla muy de cierto, antes hoy que no mañana; y á mi hermano le diremos que á una grande montería voy con otros caballeros. Salen del palacio y llegan al montanoso Pirineo, á aquel encambrado risco, peñas y montes subiendo; mas quiso su mala suerte que con la bóveda dieron donde doña Inés estaba para perdicion de ellos, que el leon de que las vió, muy enojado y sangriento, á los tres despedazó en menos que dura un credo rezado en latin, y el otro aunque vivó casi muerto, mas doña Inés lo libró que hicieran con el lo mesmo, y lo conoció al momento; porque era don Federico do cupo en su sangre noble

aquel refran verdadero, que ella la mala obra porque ella la mala obra la pagó con buen extremo. Da la vuelta á palacio con mentiras y embelecós, diciendo que un jaball le mató los compañeros, y que él con cinco heridas se subió encima de un cerro, y que de allí escapó de aquel monstruo soberbio. En el dia señalado de la Encarnacion del Verbo, se apareció á doña Inés la Virgen de los Remedios alegrando plantas, flores, riscos, montes y desiertos, diciéndola: Dios te guarde, hija, ya llegó el tiempo de que dejes este sitio y te vayas á tu pueblo, curarás á tu esposo, que dias há que está enfermo, y tambien á tu cuñado que las heridas vertiendo todavia le echan sangre, y perdónale los yerros. El leon que te ha traide el cotidiauo alimento, ha sido por mi mandato, que así pago cuando quiero, reservando á mis devotos de este y semejautes riesgos. Con esto la dió la Virgen un vasito muy pequeño lleno de bálsamo heróico, como bajado del cielo; quedándose doña Inés convertida en pasajero, camino que va á Lisboa, con su báculo y sombrero, y peregrinando llega á la corte en breve tiempo.

á donde en ella curó  
muy grande copia de enfermos;  
sin que el bálsamo precioso  
se menoscabara un pelo.  
Toda la ciudad se admira  
de la peregrina, viendo  
los enfermos que curaba  
tan consumidos y secos,  
y luego los veían sanos  
dentro de muy breve tiempo.  
Va la nueva al general  
don Alejandro Sarmiento,  
que estaba ya desahuciado  
de los libros de Galeno,  
y juntamente su hermano.  
Al instante previnieron  
un coche con cuatro mulas,  
salen por la ciudad ciegos,  
buscando la peregrina.  
preguntando á todo el pueblo  
vinieron á dar con ella  
en un humilde convento  
de las monjitas descalzas,  
que estaba con santo celo  
curando á las religiosas  
de tabardillos molestos.  
Entre dos comedadores  
en el coche la metieron;  
dan la vuelta á palacio,  
y visitando al enfermo,  
tomándole el pulso dice:  
diga, señor caballero,  
¿de qué pende esa dolencia?  
él dice: de sentimiento,  
y de un gran dolor continuo,  
que desecharlo no puedo.  
Entonces ella responde:  
no es mucho ese sentimiento,  
ni aqueste dolor es tanto,  
pues que de él no ha muerto.  
Apenas le echó en los labios  
aquel bálsamo supremo,  
se levantó dando gracias

al divino Padre Eterno.  
Queriendo tomar la puerta  
la atajaron los vuelos:  
diciendo: señora, detenga,  
que hay que curar otro enfermo.  
Entonces ella responde:  
por mi vida que no puedo  
detenerme ni un instante,  
ni á curarlo me atrevo,  
si en público no confiesa  
todas sus culpas y yerros.  
Dijo el enfermo que sí  
que estaba casi ya muerto,  
y le huelen las heridas  
como trescientos mil perros.  
Mandó juntarse la gente  
de sus parientes y deudos,  
hasta los mismos criados  
que en palacio están sirviendo:  
á todos pidió perdón,  
pero á su hermano primero.  
El hermano le perdona  
en aquel mismo momento.  
Hermano y señor, tu esposa  
era una joya sin precio,  
era un arca de esmeraldas,  
ejemplo de los ejemplos,  
decha to de las mujeres,  
y espejo de los espejos.  
Y yo tan vil criatura  
quise ofender su respeto,  
y por querer ofenderla  
me tuvo seis meses  
mas yo por vengarme  
la levanté el falso e  
Don Alejandro que  
echó mano al fier  
diciéndole: vil he  
atrevido y desater  
por haberte perdo  
en tu sangre no me  
Entonces la peregr  
le fue untando con

las heridas y al instante  
 se levantó ya tan bueno.  
 Grande copia de doblones  
 que pasaba de trescientos  
 la dan á la peregrina,  
 y ella haciendo menos precio  
 dice: guarden las monedas,  
 quiten allá ese dinero,  
 que quizás les hará falta  
 para sustentar los negros;  
 mas con cuidado miraba  
 Don Alejandro atento  
 el rostro á la peregrina,  
 y el traslado de su pecho  
 viendo que era todo uno,  
 se abrasó en vivos incendios,  
 la dice: señora mia,  
 ¿de que patria ó de qué reino  
 es usted, aunque perdone?  
 Ella con suaves ecos  
 le responde: señor mio,  
 yo soy de todos los reinos,  
 vecina de todo el mundo,  
 y á mí me llaman por eso  
 la Peregrina Doctora  
 sin interés del dinero,  
 que curó á su marido  
 de su enemigo protervo.  
 don Alejandro  
 abrazó muy tierno  
 que es su esposa  
 de su portento.  
 que se admira

la gran maravilla viendo  
 de puro contento lloran,  
 y parece un jubileo  
 de damas y de galanes  
 y parientes que acudieron,  
 que en el palacio no caben,  
 sabiendo aqueste suceso.  
 En la ciudad de Lisboa  
 hacen fiestas y torneos,  
 toros y juegos de cañas,  
 comedias y pasatiempos.  
 A don Federico casan  
 con otro retrato mismo,  
 hermana de doña Inés,  
 Elvira Portocarrero,  
 quedando don Alejandro  
 próspero, alegre y contento  
 con su esposa doña Ines,  
 rosa, clavelina, espejo,  
 peregrina montañesa,  
 la que estuvo en el desierto,  
 la que libró á su enemigo  
 de manos del leon fiero.  
 Con esto acaba la historia  
 ó aqueste breve compendio,  
 de la mujer mas heroica  
 que se ha visto en tales riesgos.  
 Y la Virgen nuestra Madre  
 la libró de los perversos,  
 cubriéndola con su manto,  
 poniendo al demonio freno,  
 que siendo devota suya  
 la libró del desconsuelo.



MADRID.—1862.

L. M. Marés, plazuela de la Cebada, núm. 98.